

27 de Abril, 2010

La emboscada:

“A todos y a cada uno de los que se han jugado la ropa y la vida por la dignidad, les decimos: No, no, no, tú no moriste contigo”.

*“Hay certidumbres que me encuentran cada vez que me pierdo,
y me levantan cada vez que me caigo. (...)
Una de mis más invulnerables certidumbres,
es la certidumbre de que vale la pena morir por las cosas sin las cuales no vale la pena vivir”.*

Galeano

Caminamos caminos y senderos que nos llevaron a donde ahora estamos. En este camino exigimos paz y justicia, pero no era cuestión de exigirla. Después nos dimos cuenta. Era cuestión de construirla, de construir sus caminos y sus veredas. A esto le llamamos después autonomía.

Caminamos y caminamos, hablamos y callamos, subimos y bajamos. Reímos y lloramos, buscamos y encontramos, nos escondimos en los lugares donde nos buscaban para encarcelarnos, nos escabullimos entre la gente, buscando el lugar propicio donde aguardar el mañana, donde preparar el próximo amanecer. Pero en aquél entonces nos preparamos para salir fuertes a las calles, gritar otra vez, aquí estamos.

Después, poco después, nos encontramos a mucha gente en uno de esos tantos días del año 2006. Llovía en medio de ríos de gente y agua, y a pesar de los rayos y los gritos, nos encontrábamos, nos saludábamos y reíamos. Ahí conocimos a esos hermanos indígenas del MULTI, y digo hermanos indígenas por que algunos de nosotros no solo somos oaxaqueños, antes que nada, somos indígenas, de ese color que se tiñe de muchos colores y que en momentos encuentra una armonía en sus combinaciones. Así fue, así nos encontramos, así nos combinamos, Triquis, Mixtecos, Mixes, Zoques, Zapotecos, Chontales, Mazatecos... Éramos muchos y juntos nos veíamos hermosos, éramos realmente hermosos juntos. El agua que llovía a nuestro paso no borraba de nosotros los colores y las sonrisas. Esos pasos juntos fueron como un juramento, como esas promesas que se hacen a una persona cuando se le ama desinteresadamente. Y prometimos estar juntos, en las buenas y en las malas. Quienes más grande tuvieron su corazón en ese momento, aún no se olvidan de la promesa.

Pasó el tiempo. Así nos agarró la emboscada. Cuatro años después.

Nos llamaron nuestros hermanos indígenas, nos dijeron que los ayudáramos, que ya no aguantaban más la situación de muerte que teñía sus tierras. Pusieron su esperanza en que la vida y sus colores vencerían en ese momento la muerte que ofrecían los asesinos. Esos asesinos que asechan nuestra promesa. Éramos de todos los colores, la mayoría indígenas de otros lugares de Oaxaca, personas de otros lugares del País y de otros lugares del mundo.

Y decididos estuvimos y estamos. Fuimos. Unos de nosotros no regresamos. Nos apagó la muerte en el camino. La muerte emboscó a la vida y sus colores que pintaron el camino hasta esa curva donde la muerte, arma en mano nos disparó a todos y a todas. Disparó, a la paz de este mundo.

De la montaña izquierda venía la muerte y sus caras blancas de vacío y odio. Esa curva muerte, esas piedras sangre, ese humo fantasma de odio. Corría la muerte vestida de militar y cubierta su cara para que no la reconociéramos, corrió hacia nosotros, disparando con su arma. Disparó balas y mentiras, disparó gobierno y odio, disparó sangre que silenció, por un momento, las risas de los colores que llevaban vida.

Bajaba lloviendo odio desde esa montaña, bajo ese árbol que imposible se resistía a esconderlos. Llegó a esa curva muerte que derramó nuestra sangre. Curva muerte, curva sangre, curva mentira, curva impune, curva odio.

Pasando esa curva emboscada, la vida tenía mucho trabajo. Tenía por principio que entregar un pedido de esperanza y recibir un taller de memoria y necesidad de paz. La vida encargada siempre de recordar que cada persona, cada ser viviente posee la responsabilidad de construir su propio destino, de construir sus propias esperanzas, de afianzar la dignidad con la que todos nacen y con la que pocos mueren. Esto, a lo que ya todos llamamos autonomía. Caminaba pues la vida joven llena de esperanza y la emboscaron. La emboscaron para que no escuchara del otro lado las palabras contenidas de sus hermanos triquis, rojos del color de las mariposas* que al intentar volar las mataban. Y no queriendo morir más ahí encerradas, sin que nadie escuchara sus palabras, esas mariposas pidieron oídos atentos de sus hermanos de otros colores para que los escucharan y no los dejaran solos. Y es que no podían más estar solos, pues la muerte y sus decenas de caras les cerraron el paso con sus armas que disparan balas de odio, sangre y mentiras. Por que ahí, mujeres mariposas no pueden volar por el alimento de sus hijos por que las violan y las matan, los niños mariposas no pueden salir a buscar de comer, ni pueden jugar en paz, ni pueden ir a la escuela, por que la muerte asecha con sus mil rostros desde las montañas y los mata. La muerte acecha en las montañas, desde donde puede ver a todas las niñas mariposas y a sus padres mariposas. Los hombres mariposas hacen lo que pueden, muchos han sido acribillados por el odio de la muerte. Las madres mariposas y las muchachas mariposas lloran la muerte de dos jóvenes que por ser La Voz que Rompió el Silencio fueron acribilladas con las armas que disparan muerte y balas, Teresa y Felicitas, esos eran sus nombres.

Y en la curva muerte llegó el gobierno y sus mil caras de sangre. En forma de muerte paramilitar; caminó la muerte rumbo a la vida, corrió, saltó, gritó y supo que no podría ganarle, a pesar de contar con todo a su favor, no pudo. La vida no se dio nunca por vencida. Decidió la vida hacerse en pedazos, un pedazo se quedó al lado de las dos luces y colores radiantes, pero apagadas por la muerte. El brillo de esas dos luces y colores fue tan radiante que asustó a la muerte quien tomó los pedazos de vida que ahí estaban y los escoltó abajo, a lo lejos, en el arroyo, para amenazarlos. Les puso el arma del olvido en la sien, pero no pudo disparar, no pudo matar, por que los pedazos de vida estaban blindados contra el olvido. Y apuntó y amenazó la muerte con matar, y jaló el gatillo y la bala no quiso salir, solo salió mentira y sangre, pero ante la vida se redimían con vergüenza. Una y otra vez la muerte y sus treinta caras jalaron el gatillo. Pero este no hizo caso. No hizo caso y no hizo caso.

Solo pudo disparar por la espalda y lastimó a traición. Y, disparó y disparó la muerte contra los pedazos de vida que al monte corrían. Manchó cinco veces sus cuerpos con sangre, cinco heridas punzantes derramaron sangre caliente y olorosa a promesas cumplidas. Subieron y bajaron estas heridas, corrieron y caminaron, se escondieron y lloraron. El monte adolorido por la impotencia les cubrió los pasos, los tomó de la mano y los metió a escondidas en sus cuevas, los escondió de la muerte que les seguía el olor a sangre. Y el monte hizo ruidos de todos sus grillos, trató de romper los silencios con el ruido de sus hojas cayendo al suelo. Desesperadamente arrojó fuerza y viento al arrollo para tapar los avances del sonido de la vida. El monte lloró para llamar la atención de la muerte e impedirle el paso. No sabía que más hacer... Entonces, se dio cuenta que por llorar no veía que la luz radiante de colores que llevaban los pedazos huidizos de vida, dejaban rastros que la muerte iba siguiendo.

En el momento preciso, el monte, borró de un soplo los colores y borró el ruido del maravilloso brillo de la vida huidiza que corría y corría. La muerte desconcertada regresó a su morada, creyendo la desvergonzarte que la vida se había cansado de vivir. Que se había apagado.

Y no es así, aquí estamos, adoloridos de muerte resurgiendo a la vida. Caminamos por las calles aún, no nos vencieron. No ganamos, pero no nos vencieron.

Ahora como siempre sabemos que la paz en boca de la muerte gobierno es un discurso hueco, hueco hasta de vergüenza; que la democracia sangre es solo una teoría que adorna los discursos de la muerte gobierno y sus intelectuales cómplices. Nos recordó la muerte las razones por las cuales vale la pena morir, aquí en la curva Oaxaca y en cualquier parte del mundo. Las razones que hacen imposible una vida digna en estas tierras. No se puede vivir sin paz, sin libertad, y por estas dos causas, por la paz y por la libertad vale la pena morir. Paz para vivir, para brillar, para reír, para bien vivir, paz para ser nosotros y nosotras mismas. Libertad para caminar todos los caminos y para construir los nuestros, nuestros caminos. Libertad para vivir esto que le llamamos ahora, por todos lados, autonomía.

La muerte en su desesperación causada por el resplandor de la vida, sigue andando las tierras de San Juan Copala. Arrastra los pies y saca polvo para tapar la mirada de la gente que desde fuera está mirando. Mientras tanto, adentro, las mariposas rojas y verdes, los caminos de la autonomía siguen gritando para romper el silencio y el olvido.

Ya en el camino de la muerte se resisten a dejar de pelear, se resisten y se resisten, luchan en muerte por la vida y se convierten en memoria. Son ellas y ellos, quienes han muerto ahora y desde antes.

Hermanos de mil colores, hermano y hermana que ahora murieron, que con su brillo se afiance nuestra memoria: Alberta Cariño (Bety) y Jyri Antero Jaakkola.

**¡Paz Digna para el Municipio Autónomo de San Juan Copala!
¡Viva la Autonomía de los pueblos indígenas, Viva la vida!**

*Figuras de mariposas componen, junto a otras figuras, la cosmovisión expresada en el huipil de las mujeres triquis.

**VOCES OAXAQUEÑAS CONSTRUYENDO AUTONOMIA Y LIBERTAD.
VOCAL**